Manchester

Pocas veces en la pobreza había libertad en Manchester. Cicerón enseñó igual verdad, y sostuvo que “desesperarse por sus propios males no era prueba de amistad, sino de egoísmo”. Habían pasado años de cuando empezó a sentir lo mismo el señor Griffin, por entonces con el rostro aniñado; absorto de casi todo salvo la negrura de la lucha. En su día hubo buena voluntad para con los hombres, incluso se ruborizaban y enamoraban. En la actualidad se encogían de hombros, sudaban y los ojos señalaban a las cajas de pastillas. Tal día, el galés azoró el pastillero, pero desayunó sus buenas manzanas bien horneadas percibiendo el breve aroma de un anhelo. Y se puso el traje, menguante. Ojalá le fuera fácil estar con la persona que quería.

-Nadie parece ir con traje ya ni a la iglesia. Pero tendrá que progresar, no se crea -escuchó un tiempo después.

-El que tiene vacío, verá todo vacío; el que tiene envidia, mirará por ella -exhortó él, muy preciso. Apostando.

-Hay cimas más altas que el Everest, sustituto.

Así le saludó la homenajeada. Que tardó lo suyo en dignarse a cruzarle palabra alguna. Concentrada en salir y cruzar el mundo, poniendo tierra de por medio.

-El hambre pasaba por la puerta del ferroviario, pero no entraba -le alertó también, y reclamó -señor Griffin, compórtese, no somos jóvenes ni usted ni yo.

-Todo el que ha estado puede confirmarlo. Hamburgo es una de las ciudades de Alemania con más personalidad. Disfrutará Miss Amelia.

El animado espíritu de relevo no era tanto. Cuarenta y seis años de oficio dejaba Miss Amelia, que lo catalogó fraudulento, si acaso:

-Demasiada luna para dar luz a un hombre que solo la necesita cuando el sol ya está dormido. Fue un buen profesional, ahora tengo mis dudas, director.

Los cuarenta y tres últimos había estado ejerciendo en Deansgate, hacia el centro de la ciudad de Manchester. En la biblioteca John Rylands, donde ya lucía una placa por sus servicios que decía textual: “Una gran labor, una gran enseñanza Miss Amelia”. Un gesto de cordialidad y la mejor manera de acabar.

Pero sí, pareciera que la recién jubilada fuera a ser operaria de una lonja de pescado en doble turno en el peor de los árticos de la poca alegría y fervor que le puso en ese honor, más bien mezquina. Ni la orquesta en directo la cautivó, otra de sus pasiones. Casi mandó a paseo a uno que le recomendó el barrio de mercaderes y el paseo por el viejo canal dándole forma a su viaje, merecido por otra parte, tras tantos años viendo los mismos entramados y vigas para alguien curiosa como ella. Eso sí, elegante y soportable, con un lenguaje tan directo como sutil. Nadie la había visto nunca con las manos a la espalda, sin nada que hacer. De hecho, el director, en su discurso debió medir sus palabras para no entroncar con ese gesto, del todo novedoso. Ocupó las primeras horas del día en revisar alguno de tantos papiros en su habitual ronda, junto al mismo, para después quedarse en eso: con las manos atrás.

-Por la Reina -llegó a brindar- por ustedes.

En ese centro había muchos tesoros, como el *Misal Colonna,* conservado con gran letra capital, que incluía a San Jerónimo y a Hércules matando a Anteo.

Y, las jubilaciones se apelotonaban. Dos años le quedaban si se portaba bien a otro, amenazado con ser degradado a técnico responsable de servicios a

los usuarios, como el señor Griffin, aunque éste fuera por traslado forzoso. No es una despedida si allí donde se van tus pies permanece tu corazón, llevaba escrito el mismo en una nota en el bolsillo derecho del interior de su chaqueta.

Otro, de los que confundía ese acto de jubilación con un mal seminario, porque en la aldea global de esa ciudad de Manchester no gustaban los extranjeros ni los pobres. Ya se había encargado el director de publicar que el nuevo era de Gales, lo cual estimuló más si cabe el hecho de que les llegase expedientado, cosa que excitaba a toda esa profesión tan celosa de lo suyo, bibliotecarios y archivadores, que se crecieron para intimidarle. Faltó una gran cacerolada. Hablaron hasta entre dientes de diseccionarlo.

Amenazas escuchó desde el principio, habiendo dejado parte de sus enseres en la taquilla, que le fue recogimiento y castigo, muy a pesar de tener sobre sus cabezas los famosos fragmentos del *Evangelio de San Juan* y el *Deuteronomio*. Los papiros sobrevivientes más antiguos del Nuevo Testamento. “El agua, cuando viene, viene con las escrituras que son suyas debajo del brazo”, le dedicaron los sagaces compañeros, entre otras lindeces. Un recibimiento extremadamente doloso. Y se lo recordó su superior con creces, estando Miss Amelia aún de cuerpo presente, a quien por poco le faltó abrir el puño:

-Hay algo peor que ser desenmascarado, que es no ser desenmascarado. No diga que se lo he advertido. Esta biblioteca es mucho más que la catedral del pueblo. Y la quiero así.

Así de tajante le fue todo, y eso que intentó ser cordial y conciliador, avisado de que sus inicios le serían muy críticos. El caso es que no podía renunciar a aquello en lo que no dejaba de pensar todos los días.

-De forma natural me sale ser una vieja zorra malvada. No seas payaso -testamentó dándole el relevo la que iría a Hamburgo, en uno de esos días de tripa vacía y corazón sin alegría-. Las personas estamos hechas para regresar, para volver allí donde creímos estar alguna vez- le amenazó la mujer.

Las esclavas paren esclavas, pensó Griffin mirando hacia donde habían talado unos árboles, situándose o habituándose. Él también tenía su viaje. Tradición o no, todo bibliotecario que se preciase, al jubilarse debía hacer un viaje soñado. Y si Miss Amelia iba a recorrer buena parte del centro de Europa, China lograba el sueño colonial de unir por raíles las costas de África. Aunque chocase en un punto perdido en el mapa de ese continente, esa sería la gesta que practicaría el galés cuando pudiera celebrar los treinta años de oficio, puesto que antes hubo de ser muchas cosas y ninguna en particular. Y en eso pensó a ratos como desconexión: en circundar las cataratas Victoria a bordo de uno de los trenes. Por supuesto que, también creyó ver alzarse nuevamente el Muro de Berlín toda vez que la jubilada lo anduviese, casi a razón de cinco o seis veces en esas horas de tan afiladas inteligencias o maldades, paralelismos. No obstante, volver a creer en la libertad no era un regalo sino un trabajo duro. Previa firma de un acuerdo de confidencialidad, la administrativa de colorido pañuelo de seda y suelas antideslizantes, irónica y crítica, lo galardonó con otro punto más en el germen de la rebeldía:

-Solo son así los primeros quince años. Luego se relajan con los nuevos. A mí me verá hoy y nunca más, pero estaré siempre señor Griffin.

En cuento a la limpiadora jefe, supervisándole cómo no, fue a la par:

-Yo no soy la criada de nadie- vestida de negro en lugar de blanco o tonos pastel para no destacar. Otra demagoga tratando de marcar terreno y ganar poder, fornida a base de complejos multivitamínicos sin hierro-. De nadie.

Aburrirlo. Presionadlo. No le perdáis el rastro. Fueron las restantes lindeces o suficiencias que barruntaron unos y otros, recogiditos. Ahora bien, Mary McCarthy se mostró tal como era ella, situándole:

-Si quiere quedamos y nos ponemos al día. No soy una pobrecita.

A la primera Griffin la captó. Dejar que se le notasen las raíces debía ser tendencia, por el pelo de ella. La camisa *grunge* y el vestido ajustado, quizás no tanto. Mary repitió segundo de sexto porque no hubo un tercero, cuarto o quinto. Su cuento era real, no daba para mucho: abría y cerraba la puerta de ese centro. La posteridad, para alguien como ella, era cada instante; no más. Si le decían o escuchaba algo que le gustaba lo repetía; si le mandaban, obedecía: la forma más elevada de hermandad, riqueza o creatividad.

-A veces hay que ponerse cosas que se ven como demasiado sexy, pero si no te pones eso te ves gorda, entonces prefiero verme sexy que gorda -dijo la otra gran protagonista, esa Mary McCarthy de tan particular estilismo, justificando su exuberante escote y la singularidad del edificio-. Abro y cierro.

En cualquier caso, el hambre era la misma hambre para todos, y afuera, el mundo no dejaba de serles un instrumento adulto con tanto libro que custodiar. La historia que se enseñaba en Bruselas, París, Washington o las Naciones Unidas tenía otra gloria y dignidad en el número 150 de Deansgate, quizás porque físicamente el edificio parecía más un castillo o una catedral, sobria y gris, en una ciudad que vivía días de agitación social. La oscura miseria de los más desfavorecidos contrastaba con la opulencia de las avenidas y las férreas

creencias de algunos, y eso que presumían de modernismo. Su arquitectura neogótica lo aferraba todo, dando la sensación de que nada ansiaba escapar de tal fortaleza, ni la mismísima muchacha del balcón. Un fantasma, otra más de la vecindad en la que unos y otros solo cumplían con su deber, salvo alguna que necesitaba estar sola para llorar a sus anchas. Tras tres años sin gobierno, Irlanda del Norte recuperaba su voz justo a tiempo para el Brexit, si bien, había tabúes. Católicos y protestantes habían llegado a un acuerdo de coalición, en ese norte irlandés, con concesiones como la oficialidad del gaélico.

El monopolio del Brexit había sumido en el olvido a muchas capitales, no solo a Belfast. Había otras capitales que también destacaban poco, otra cuestión es que fuera intencionadamente. En Manchester se habían producido distintas manifestaciones, solo que la oficina de identidad y expresión cultural no procedía. Manchester se regía bajo su rico patrimonio y aspecto cultural. Ejemplo de ello era la magnífica biblioteca John Rylands. Con su comisionado.

Al director le encantaba tener las cosas bajo control, ante cualquier despiste sus ojos acudían como un meteoro, con ese olor incluido, junto a su pelo castaño peor que el irremediable fuego que podía arrasarlo todo. Bebía zumo de limón y comía a base de ensaladas. Decían del mismo que no tenía intestinos. En más de una ocasión alguien deseó sacarlo a rastras de tal lugar. A veces Dios no estaba en ningún sitio, o estaba en todos. Por si acaso, de cuando en cuando ese se refugiaba por entre los manuscritos medievales, aunque donde más a gusto se encontraba era con la edición de 1476 de los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer. Se sabía cuándo no había ido al mismo en días porque se atiborraba a *diazepam*, además de avinagrarse hasta la extenuación. Ingerir el fármaco *valium* para solucionar sus problemas de

ansiedad, insomnio, ataques de pánico y como sedante previo a determinadas intervenciones era algo asumido por parte del resto de los empleados. Tal benzodiacepina era de lo más estándar y efectivo para contener su mal genio. Una vez, se tomó la dosis entre las dos estatuas que regían a diez metros sobre el nivel de la calle, en la Sala de Lectura Histórica, enfrentándose al mármol de Cassidy del matrimonio John y Enriqueta Rylands, que disponían la entrada del centro con gozo y sin más extras, y lo convirtió en una tradición suya. Una espiral que muy pocos sabían contextualizar. Miss Amelia sí.

Enriqueta Rylands fue quien dos años después de la muerte de su marido, en 1890, mandó construir la biblioteca combinando cuatro elementos: piedra arenisca de Cumbria, la cual se extendía de color gris a rosa; el mejor roble polaco de la región de Gdansk; yeso moldeado blanco; y el molde de bronce de estilo *art Nouveau* de luminarias. La luz eléctrica llegó al mismo en 1950, siendo uno de los primeros edificios de Manchester en disponer de tal modernidad. Todo ello combinado con el escudo de armas de Santa Helena (lugar donde nació su marido) y el de ellos dos, Rylands y Tennant (su apellido de soltera). Aún, muchos universitarios lo miraban cayéndoles alguna que otra lágrima fría y sudor, porque esa biblioteca estaba en uso todos los días, rescatando a la gente de los arrechuches urbanos desde las 10 (12 los lunes y domingos) de la mañana hasta las 5 de la tarde. Esa entrada, con las dos columnas, era parte de la zona cero, para luego dispersarse los mismos hacia sus estudios o bien en diferentes salas, algunas de las cuales explicaban la historia de ese magnífico archivo y de los Rylands, especialmente Enriqueta, que se ocupó de impulsarla y, según decían, fue quien eligió ese color rojizo de la piedra, cosa que envidiaban la Chetham´s Library y la Manchester Central Library en esa ciudad, que no era

precisamente la más interesante de las ciudades británicas ni de ese Reino Unido que nadie sabía resolver.

Manchester, como antigua capital de la revolución industrial inglesa, tenía muchos grises que la alejaban de la monumentalidad de Bath o Salisbury, así como de Liverpool, su acérrima competidora en el oeste inglés por la chispa y el ambiente. Si bien, la tercera esposa del exitoso empresario industrial, Enriqueta Augustina, intervino a su muerte en la filantropía del matrimonio con medio millón de libras esterlinas de la época, habiéndole confiado al arquitecto Basil Champneys el diseño de la misma, viniendo el mismo de alzar el victoriano Mansfield College en Oxford.

Los largos corredores que recorrían la primera planta, a modo de claustros catedralicios, decorados con animales mitológicos cerrando las bóvedas de esos pasadizos no contenían algodón como tal, proveniente de su legado empresarial. La edificación en su conjunto estaba enteramente diseñada para albergar y contener ese fondo de capitalización literario.

Uno de los principales consejos para Griffin como nueva incorporación fue no quedarse nunca de brazos cruzados. Hasta lo escuchó vulgarmente:

-Yo tampoco era tan bueno. Come niño y crecerás, bebe viejo y vivirás. ¡No dirá que no le ayudamos!

-No se preocupen, la mayoría de deseos tardan más o menos nueve años en cumplirse -les respondió socarrón cuando el día fue venciendo al frío, en el café de la juventud perdida.

El señor Griffin de antemano sabía que habría de conjugar las caras tersas con las sonrisas abiertas y otros menesteres, así como el silencio proveniente de los estudiantes y las visitas de los curiosos turistas, categorizando orgullos y

prejuicios poco convenientes en tan preciado lugar. Una de sus funciones, toda vez que no retrocedió, y eso que le dieron una nueva oportunidad de renunciar al traslado antes de tomarle las medidas a las dependencias sería aportar pulcritud. Su melodioso silbido le precedía. Miss Amelia era más del tintineo de una campana que funcionaba provocándole un hormigueo en los brazos, sobre todo a los de ciencias sociales. Sí, empezó en un instituto, y llamando al orden con una servilleta en el comedor escolar.

-Recuerda tus buenas contribuciones. Replantéate tus objetivos. Aquí no podrás volver a ser el que eras. Ya no queda nada de tantísimos -fueron otros fríos dardos de esas miradas anónimas, algunos con notas amargas-. ¡Váyase!, no le queremos aquí. Hubo un tiempo en el que solo esperaba a hablar a dios un día, como todos los hijos de la mar, soldadito. Todo cambia. Los buenos momentos de la vida no son precisamente normales.

Alaridos que sepultó en los cimientos desde la más absoluta libertad. Pero sí, las punzadas martilleaban la madera. La que miraba los trenes partir, al irse, ya adulta y jubilada, participó como una fiera encantadora de la mano de Mary McCarthy, que no se quiso apartar de ella ni un minuto:

-Otro más del triste cuento de nunca acabar de los hombres que creen ver a las mujeres sin maquillaje. Usted tranquila Mary McCarthy; ya pensaremos en dieciocho destinos para viajar sola cuando le toque, mi vida. Suerte señor Griffin.

-A usted. Miss Amelia -respondió sin ponerle cara de pasmado o de imbécil. Mary fue incapaz de decir nada, entre dos mundos. Miss Amelia, casi rota de dolor, echó en falta todo cuando los dedos de la ordenanza la soltaron. Se quedó impávida. Y eso que le habían extendido un cheque. Su ruin director.

-La práctica hace al maestro, eso es todo. Disfrute de su jubilación -concluyó el director dándole con la puerta en las narices a su bibliotecaria jefe, de las pocas veces que en sus muchos años el mandamás hizo de portero.

-Hoy día, en tiempos de incertidumbres, ansiedades y urgencias, perseguimos una década luminosa que nos deje respirar tranquilos -añadió alguien, contemporizando.

-La tristeza durará para siempre -subrayó otro con mimo y paciencia.

Tender la mirada costaba, hubo lenguas que se hicieron de trapo. Y sensaciones que iban desde la ternura a la ironía.

-La condición de la persona afortunada: buena suerte y felicidad -quiso brindar alguien. Seis galletas que se llevó a la boca.

-Cuando viajas eres más de cumplir los propósitos -se escuchó.

Mary puso esa cara de cuando la señalaban y sobraba, de cuando le decían que su padre estaba en viajes de negocios. Otro diablo guardián.

-Tranquila Mary McCarthy, la moda pasa de moda, el estilo jamás. Comportémonos -advirtió el director.

Quien espera por los zapatos del difunto muere descalzo, pensó alguien. En Manchester había muchos Maquiavelos. No se preocupó el mandatario porque hablaran del mismo a sus espaldas, estaban detrás por alguna razón, sí porque lo mismo en veinte o treinta años quisieran entrar de nuevo en Europa, una Europa que lo mismo ya no existiría.

Vecinas

Mientras que la víctima de la violación más mediática de los Estados Unidos de América salía del anonimato en *prime time* por enésima vez, u otra de tantas, ese se ajustaba su faja en dos segundos y buscaba libros que guardasen ciertos parecidos al de *Matar a un ruiseñor*. Pretendía que Harper Lee le guiase por todas esas estancias, y no, todavía no conocía los recovecos y sus trucos, de ahí que el señor Griffin se encomendara a la autora del libro como mejor ayuda, por supuesto sin evidenciar declive físico alguno y emocional que desembocase en más argumentos para los restantes empleados contra él.

La noche de antes se había esmerado con algunos clásicos que guardaba en su domicilio, leyendo en diagonal o visionando adaptaciones, no sin antes tropezarse con los enseres que no había sacado de las cajas tras la mudanza y estaban de por medio o amontonados para que zascandilease su gato. ¿Quieres unas gafas de sol nuevas este otoño?, se debió preguntar su gato, erigiéndose vencedor en tal universo. Otro que hubiera preferido somníferos, alcohol y un amor tóxico antes que el traslado al que se vio obligado por la voz de su dueño con tal de no perder la dignidad. Para un gato de once años verse en la calle adrede no era una buena opción. Garlan aguantó las primeras veinticinco tomas del largometraje (*Matar a un ruiseñor*) haciéndole compañía a su dueño con ese poder felino superlativo. Fueron confesiones de un minino en rehabilitación, o un mero acto inculpatorio; no eran momentos como para tomar decisiones radicales. Ver a su dueño tan apabullantemente lúcido le ofrecía una perspectiva nueva, y necesaria.

El ruido y la furia, de William Faulkner, con toda su decadencia y destrucción se sumó a su linaje, que no era precisamente del sur de los Estados Unidos. Durante años Garlan se enfrentó a la acción depredadora del desarrollo industrial y naturalezas varias en Dublín, empeñado en ignorar las inminentes crisis, unas tras otras. Su motivación siempre fue el vínculo emocional con Griffin, que apenas parpadeó cuando lo recogió casi salvaje, siendo la tercera parte de lo que ya aparentaba en esa sociedad del consumo. Pero le gustó Alabama. La Alabama del ruiseñor. Eso le advirtió el amo:

-Imagínate que estamos en Alabama. Garlan. Seré Jean Louise Finch. Y mi padre, Atticus, que defenderá en los tribunales a un hombre negro acusado de violar a una mujer negra. ¿Te sitúas? ¡Y deja de comerte toda la mermelada! Nunca sabemos de lo que somos capaces Garlan.

Tal vez solo era cuestión de tiempo que le utilizara para acariciarle y no darse a comer de más esos picatostes integrales que tanto le gustaban, ronchándolos o untándolos en todo, así como a contarle sus días. Y lo hizo. No en plan patriarcal, sino con libertad, autonomía y presencia en esa pequeña casa que habían alquilado, siéndoles casi todo lo demás un pedazo de tierra baldía, a excepción de la biblioteca.

-Dejaremos de leer poesía por un tiempo. ¡Imagínate si debemos hacer bien nuestro trabajo! Me han asignado que dirija ese grupo de lectura, saben que nunca lo he hecho: buscan quitarme del todo los muy cabrones. Y no podrán, ¡no!, soy bueno mi fiel amigo. ¡Somos buenos! Los amigos ayudan a sus amigos a limpiar un asesinato, ¿verdad? Salvemos el fuego.

Él lo miró empático, su gato, que como Inglaterra siempre había tenido un pie dentro y otro fuera de Europa, su cojín y caja de cartón de pastas duras,

moviéndosele los bigotes al relamerse de tal modo que Griffin hubo de tirar de pañuelo y ayudarle. El título de *La naranja mecánica*, a diferencia de *El ruido y la furia* hubo de buscarlo en las estanterías del centro de la ciudad. Y no apareció por Anthony Burgess, su autor; lo halló junto a uno de J.D. Salinger, titulado *El guardián sobre el centeno*. Significaba, que ya lo habían trabajado en otros grupos de lectura. Las rígidas normas le obligarían pronto a ponerse al día. Miss Amelia no hubiera permitido la más mínima duda. La fuerza de aquel sentimiento no tenía sentido, Garlan lo sabía.

-Raro sería que ella no hubiera escrito en verdad la novela *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado* en vez de Maya Angelou- afirmó ese galés al ver a su felino trastabillado en pos de una balda y algo que había en ella, a sabiendas de la dura infancia y de las complicaciones que se contaban en esa obra autobiográfica hasta convertirse la autora en una mujer independiente.

Sus primeras horas, realmente ejerciendo, no dejaban de ser un juego de decapitados. El bestiario de esa catedral era mordaz. Lo dejaron con tal libertad que nadie le ayudaba. Solo que antes de ponerse a rabiar y darle significado a la historia de la humanidad con su locura optó por apretujar una vieja llave sin cerradura ni más llavero que la propia piel del interior de su mano izquierda. En el domicilio era Garlan quien la custodiaba, cual preciado trofeo. El mismo Garlan que también buscaba los placeres que se pagaban con dinero. La llave venía a ser la arqueología de un conflicto superable.

Reglas tenían pocas, Griffin y Garlan. Prohibido hablar en voz alta del Brexit era una. Otra, que Reino Unido (el bibliotecario) no dejaba a Europa (ese gato) comer en la misma mesa. No se sabía si por miedo o por vergüenza.

Las matemáticas y las vidas frágiles estaban en todas partes. Incluso en la sala capitular de ese emporio de antiquísimos libros. Uno que miraba un diario austral fue su mejor caja de música el día de antes como bibliotecario, toda vez que reunió algunos otros libros y se dio a ojearlos en plan historiador y filólogo. Cuando ese técnico luchaba por salirse con la suya trabajaba despacio, no como el pantuflas del gato, con sus gruesos labios y la locuacidad maníaca del hambre animal, un gato que no trabajaba el pensamiento crítico a través de la perspectiva histórica, pero casi: había mucha xenofobia y mucha soberbia, hubiera expresado de poder hablar el felino. Un minino que prestaba atención a las señales, viajado; algo tan infantil y pueril como querer salir del viejo continente tenía muchos ángulos. Su dueño le decía, en un bochorno complicado:

-No se puede dejar un club exclusivo y luego querer entrar, cabroncete.

Asumiendo su papel en el Centro, al señor Griffin le sobrevenían sensaciones a modo de efecto campana, y sentimientos esencialmente nobles. Eran días en los que se llegaba a cuestionar hasta el papel del Reino Unido en los desembarcos, como el de Normandía, y también se olvidaban los muertos que en su día aportó al continente. Como que todo se viciaba y ultrajaba.

-¿Qué verdad le ha ocultado a la mujer que ama? -lo interrumpió una, leyendo un papel con aire distraído, oficiando en el gremio.

-¿Cómo? -alzó la mirada rodeado de interrogantes.

-A veces un abrazo es la palabra exacta. Se lo puedo dar.

El señor Griffin cerró los ojos e hizo como si estuviera profundamente dormido para abrirlos de nuevo. Sí. Sigo aquí, pensó levemente, y evitó pellizcarse por no ofenderla. Le cogió en sus días del pasado.

-¿Dígame?, ¿en qué puedo ayudarla?

Ella se lo creyó.

-¿Un abrazo?

-No, no hay nadie; mis dos hijas y mi madre descansan. No hay lugar para abrazos, gracias. ¿Te han mandado para que me espíes Mary?, ¿tú también? -se importunó.

-Señor Griffin, soy Mary McCarthy. Mary hay muchas, muchísimas. Por favor -le corrigió, para acto seguido no quedarse ahí parada viviendo del aire. -Sí, es la hora. No, mejor dicho -rectificó inocentemente- señor Griffin. Que sí, que ya es la hora de cerrar. Solo debo decirle que es la hora de cerrar.

Él se miró el reloj bajo la atenta compañía de esa mujercita, y el haber estado absorto o el hecho de estar medio soñoliento u ocupado hizo el resto. -La necesidad de trabajar sin cobrar no es buena ¿verdad?

-Me dicen que solo abra o cierre, que cobro por abrir o cerrar, siempre. No más. Sin expectativas.

-Mary McCarthy -se fue levantando el señor Griffin, y comprobando que estaban solos donde horas antes había varias personas de todo tipo y condición, leyendo y consultando-, seguro que eres una mujer lista, estoy seguro de ello- e hizo un gesto de asentimiento.

-Yo abrazaba a mi gato. Se lamía la piel como un buen animal -añadió esa, la de los dedos inflamados.

-Yo tengo un gato. Garlan. Tiene el vientre liso para lo que come el bicho, y el cielo de amor adolescente.

-No entiendo eso último señor Griffin -dijo con la inexpresada idea- pero sí, sin una buena persona contigo tus posibilidades se reducen. Eso me decía mi madre.

-Vayamos bajando y le explico. Espere, recojo esto antes.

-Siempre quedan hombres buenos -decía Miss Amelia-. No todos recogen- se giró rápidamente para ayudarle-. ¿Necesita amigos en Manchester? Antes, cuando me ponía nerviosa me entraba hipo. Hipo, que me seguía donde iba por más que caminase. Nunca era suficiente.

Pocas cosas engañan más que el hipo, los recuerdos, estuvo a punto de soltarle el galés. En cambio, optó por algo más espiritual, toda vez que se percató:

-La sombra de tus pecados siempre te perseguirá, ¿no dicen eso Mary? -todo levemente- pero tú eres buena, seguro.

Entonces hubo un raro silencio que coincidió con lo entrecortado de los coches que fugazmente se vislumbraban por entre las vidrieras, con sus haces de luces.

-Señor Griffin, no me mire así. Si no dice mi nombre no puedo responder. No sé si se refiere a mí o a otra persona. ¡Yo soy Mary McCarthy!

-¡Claro!, claro -cayó en la cuenta-. Nadie puede borrar las huellas de su pasado. Mary McCarthy -espetó tras la ruda excitación de ella.

-No le entiendo, pero usted también huele muy bien. Señor Griffin. Sí, huele muy bien -estuvo atenta y resolutiva.

-Gracias. Muchas gracias guapa. Por cierto ¿quién le ha escrito esa nota? Mary McCarthy.

Y rauda la miró con la inmaterialidad de las palabras.

-También pone “lo que niegas te somete, lo que aceptas… lo que aceptas -tartamudeó- te transforma”. Señor Griffin.

-Un revólver para salir de noche -masculló ese tapándose la boca, ordenando ávido los libros-. Perdona Mary McCarthy, -se percató- ¿tú no escribes verdad? Es bueno escribir lo que se siente, o lo que en cada viaje se hace, o en cada experiencia.

-Mi tía dice que debo esperar un milagro. Un acto de Dios o lo que sea. Señor Griffin. Que la tengo hasta la coronilla. Que no entré dócilmente en esta noche quieta.

Él parpadeó como el diafragma de una cámara de fotos, en silencio.

La contestación no le fue del todo sorpresiva, sí el hecho de que no pestañease y algunas otras pequeñas coincidencias. Como de un amante olvidado por Dios con ojos saltones.

Tocándole apenas la mano, en lugar de decir su nombre, habló por ella y otras siguiendo el compás del colocar el lomo de un libro que se había caído:

-¿También te habrán dicho que las personas que te gustan se parecen entre ellas?, supongo. Y lo que tienes que ver cuando nadie te mira, supongo -la dulcificó con la mirada.

-Solo veo concursos y una serie que me gusta mucho. Me la sé. *Downton Abbey*. Es como estar aquí dentro. ¡Y habrá una película! También sé que desde el momento en que expresamos algo lo empobrecemos.

Pero ese no fue el único elemento que la acentuó. El blanco del ojo verdaderamente fue blanco. El que se podía ver.

No mucho después ambos bajaron, por el montacargas. -Ya he vivido dos veces -comentó ella al verse en el espejo de ese ascensor. Muy distinto a lo que

el señor Griffin llegó a enjugar alguna vez: una bala con mi nombre. El uno y la otra, de algún modo en su foro interno compartían brujas que no pudieron quemar, y la eterna pregunta.

-La postergación de hacer lo que realmente se quiere en la vida es doloroso. ¡Un punto menos! -reseñó el director atropelladamente, que le esperaba a ras de suelo como si le fuera la vida en ello- a Navidad usted no llega, bibliotecario Griffin. Recuerde esto.

Mary no supo dónde meterse. Sí estar callada, como una piltrafa.

-¿Disculpe? -intentó espetarlo el galés.

Los pechos se le marcaron a Mary McCarthy en el fino jersey.

Mas un empleado de seguridad, que iniciaba su turno, retrató la precariedad girando su cabeza de lado a lado, avisando sin abrumarse mucho.

Otro fin del mundo es posible, consideró para sí el señalado técnico en vez de maldecir al director con lo primero que se le ocurrió, tal que “yo soñé que tu corazón se hacía añicos”. Cosa que sí se fue diciendo en el autobús, de vuelta a casa, en presencia de su reflejo en el cristal. En el trayecto le sonó un aviso a modo de vibración. La píldora 9. No fue la pastilla que los soldados alemanes consumieron para ser invencibles. Conforme caían los minutos de esa hora de camino su estómago se le resistió a digerirla, gritando ocasionalmente. La credulidad de jugar a hacer vaho en la ventana fue su vacuna, nutrición y solidaridad. Pudiera ser opio o morfina (fuertes analgésicos) incluso epinina para calmar las alergias con una carga de adrenalina. Encajonado, no pudo sacar un pie como en la soledad de su reinado (en la cama) cosa que sí solía hacer cual simple plebeyo con la venia de Garlan. Una manía recurrente o maldita vocación que aprobaba la aparente neutralidad de su gato, quien no tenía la necesidad de

asomar una extremidad de su cajita, ni vagamente, para retozar austero regulando la temperatura corporal de su cuerpo muy bien cobijado. Años atrás sí que fue incordio y lenguaraz Garlan, cuando le era espontáneo protestando simpático, dividido y desigual haciéndole elipsis con sus carantoñas de príncipe destronado en uno de sus turnos y magnificencias. A sus años, subirse a la cama no le gustaba al minino. No en vano eran dos machos sobre un mismo colchón.

A falta de esas redundancias la normalidad de la pantalla de su ordenador de sobremesa le esperaba, su otro gran secreto. Un artilugio doméstico con el que estudiaba Negociación y Protocolo a distancia, no como salida laboral ni cualificación sino para saber más del miedo, la locura y las paranoias. En los procesos de las empresas era algo que se iba demandando, se fuera bibliotecario, industrial o de la profesión médica. Visiblemente enfadado, a Garlan le importaba poco o nada esa temática. Tenía su propia alquimia para los acuerdos. Y su amo le daba cierta libertad para delinquir con esa enorme bola de lana a la que empujar con mala sangre. Una suerte de ejercicio difícil de recrear. “Mentir es siempre la antesala del fraude”, era el título del tema del día, más bien la acuciante noche. La letrita, no obstante, le ayudó a serenarse, porque el señor Griffin sabía de más o de menos.

El jersey negro de cuello alto lo cogería con ganas en semanas. Tal prenda le haría de cortafuegos. Solo para esas lides; los meses en los que se debía abrigar más. Los días calurosos tampoco se quitaba su camiseta interior sin mangas, algo contradictorio. Diecisiete meses de estudios daban para muchos atuendos y ninguno.

También era accionista minoritario por mor de los bancos y sus fidelizaciones, pero nada comparado con el hostigamiento de los que se

mostraban reacios a confiarle los secretos de todos esos libros y estanterías de su nuevo destino. Renovada urgencia que debía administrar como si fueran finanzas. Una rígida línea divisoria entre deseos y lo que se circundaba, simpatizando con su recurrente y solidaria queja: en mi país no sabe llover o no lo sabemos ver. Por galés que fuera, Manchester, y más concretamente el trayecto de su casa al trabajo y poco más imbricaba su agitada o paupérrima vida. Los años, que tenía los suyos, sesenta hondos y renovadores, hacían que le fuera ya un mero compromiso. Los ratitos de algunas tardes y las noches con su estela de melancolía y los sabores de las cenas y recenas, una rara inquietud. En definitiva, que no salía de su noche y rápidamente se metía en otra y otra, aparentemente. Lo que le quedaba del día, desde la parada del autobús hasta su nuevo domicilio era para recordar a su exmujer, la que se subía las bragas con la falda remangada en el bar sin ni sentir culpa. Esa dama majestuosa. Pensionista de una residencia de ancianos para alcohólicos. La mejor en el insulto. Martirio. Esposa del ratón de biblioteca. Alguien que muchos años antes disfrutó acodándose en la ventanilla de los trenes en los que se pasearon, rompiendo también, malamente los platos sucios en lugar de lavarlos con su voz falseada; y durmiendo de costado las veces que le fue persona, en nada la silueta de la vivaracha endemoniada que gritaba a todo y destruía la vajilla.

Para el señor Griffin, esa ruta de vuelta a casa era lo más indefinible del día. Su vida conyugal, arrastrada a la insignificancia más absoluta. Ella, álgida en el deleite de esa miseria de monstruo que le hacía innegable la razón, no quedándole al bibliotecario sino admitir lo universal: el miedo al agua de su amada y el mal del alcohol. Para colmo, cuando dormía la mona le hacía la mejor de las suertes: él le rizaba el pelo, le hacía mechones. Su verdad menos

trascendente. Garlan bien sabía que no había modo. En el arte de la impostura, Griffin y él negociaban. Ni el acercamiento caprichoso del felino le sacaba el más mínimo pudor. Dijo sí a la fuerza unificadora y sobrecogedora de la naturaleza cuando aceptó el exceso de la carne, ya casado. Solo una vez, porque la primera vez era solo una, y un leve abatimiento lo dejó todo en lozanos pétalos blancos de disculpa. Barrabás o no, ella jamás le volvió a esperar mirando por la ventana. Garlan, siempre. El león detrás del cristal… bastante agria, dolorosa e indecente… Su querido se esforzó en devolverle la voz en su propia fe, en que no dejase de hacer las cosas que le sentaban bien; en salvarla del fuego. Nunca la escondió detrás del pelo, era guapa.

Luego, tal día como tantos otros por llegar, en esa ruta indefinible, recordando, como todos, afirmaría la exuberancia y la embriaguez por la vida. El sentir todo de todas las maneras posibles en según qué momentos y a según qué edades. Una utopía de mil quinientos cuarenta y dos pasos llamada Andrea. Su obligada mujer. La cárcel era ese nombre. Un triste aire de ignorancia. Garlan se hinchaba a panecillos algunas veces, y es lo que siempre esperaba al verlo regresar a casa: comida y mimos. Su seguridad.

La mirada ágil del animal marcaría el final. Una elegía y cortejo a la inocencia más poderosa, haciendo amigos con ahínco.

-Gracias por la propina -se decían al verse en sus lenguas y sentidos, ya fuera en Dublín o en ese huérfano Manchester, benévolo uno y protector el otro, dándose orden en el hogar con una sensibilidad tan respetuosa que ese gato no iniciaba su ronda mientras no llegase el amo, reivindicativo y agreste si no comía, como las personas.

Aquel día, o noche más bien, otro de los grandes logros a futuro de Garlan estaba en la bonhomía de una casa donde encontró una tolerancia encomiable con una amiguita suya de nueve años. Otro paripé más de esos ciudadanos trabajosos y trabajados, empeñados en volver siempre a casa, como si con ello respirasen. Ella, la vecinita, en los escalones fumando. Vestida con vaqueros, deportivas y cosméticos como para asfaltar toda una calle. Hap o Leonard le llamó al gato (para envidia de su gatita), que la escudriñó como si la conociera de toda la vida una vez pasados los primeros momentos. Blanca, heterosexual y en una reconfortante quietud. Garlan encantado de tener más nombres, y vecinas.